

## LECCIÓN 5

# LAS VIRTUDES CARDINALES Y TEOLÓGICAS

### LECTURA DE FONDO



A menudo no reflexionamos sobre el poder de permanencia que tienen los hábitos en nuestras vidas. La sabiduría antigua nos dice que los hábitos se convierten en naturaleza. Somos lo que repetidamente hacemos. Si hacemos algo una y otra vez, eventualmente lo haremos sin pensar. Por ejemplo, si una persona le ha mordido las uñas toda la vida, las uñas se convierten en un hábito inconsciente que es difícil de romper. Quizás más difíciles de cultivar son los buenos hábitos en nuestras vidas. Si regularmente nos tomamos el tiempo para hacer ejercicio, para decir no a los postres adicionales, para levantarnos temprano para orar, para pensar afirmando los pensamientos de los demás, estos también pueden convertirse en hábitos.

El Catecismo de la Iglesia Católica define la virtud como “una disposición habitual y firme para hacer el bien. Le permite a la persona no solo realizar buenos actos, sino también dar lo mejor de sí misma. La persona virtuosa tiende hacia el bien con todos sus poderes sensoriales y espirituales; persigue lo bueno y lo elige en acciones concretas. El objetivo de la vida virtuosa es llegar a ser como Dios” (CIC 1803).

Podemos dividir las virtudes en dos categorías: las virtudes cardinales y las virtudes teológicas. Estas virtudes actúan como señales para la vida moral. Si convertimos estas virtudes en hábitos,

se convertirán en parte de quienes somos, haciéndonos como Cristo.

### Virtudes humanas o cardinales

Las cuatro virtudes cardinales son virtudes humanas que gobiernan nuestras decisiones morales. Son adquiridos por el esfuerzo humano y perfeccionados por la gracia. Las cuatro virtudes cardinales son: prudencia, justicia, templanza y fortaleza. La palabra cardinal proviene de una palabra latina que significa “bisagra” o “pivote”. Todas las demás virtudes están conectadas o se articulan con las virtudes cardinales. Sin las virtudes cardinales, no podemos vivir las otras virtudes.

La prudencia “dispone de razones prácticas para discernir nuestro verdadero bien en cualquier circunstancia y para elegir los medios adecuados para lograrlo” (CIC 1806). Debemos recordar que nuestro verdadero bien siempre es lo que nos llevará al Cielo, de modo que tal vez otra forma de decir esto es que la prudencia nos permite conocer el bien desde una perspectiva eterna. La prudencia se llama el conductor del carro (o el conductor) de las virtudes porque guía o dirige las otras virtudes.

La justicia “consiste en la constante y firme voluntad de dar lo debido a Dios y al prójimo” (CIC 1807). Esta es una virtud particularmente desafiante en una sociedad saturada de auto-indulgencia y

acumulación de bienes. La virtud de la justicia nos ayudará a elegir correctamente cómo debemos usar y compartir las cosas de este mundo (incluyendo la vida, el respeto, la libertad, etc.).

La templanza “modera el atractivo de los placeres y proporciona un equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos dentro de los límites de lo que es honorable” (CIC 1809). Esta virtud nos permite vivir nuestras vidas con moderación para no ser esclavizados a nuestras pasiones.

La fortaleza “asegura la firmeza en las dificultades y la constancia en la búsqueda del bien” (CIC 1808). Esta virtud nos da fuerza contra la tentación y nos ayuda a superar el miedo, incluso el miedo a la muerte, para vivir una vida moral.

## Las virtudes teológicas

Las tres virtudes teológicas son la fe, la esperanza y la caridad. Estas tres virtudes tienen a Dios como su objeto, lo que significa que tratan con nuestra relación con Dios. También son un regalo de Dios y no se pueden ganar, pero entran en nuestras almas a través de la gracia santificadora, que recibimos por primera vez en el bautismo.

La fe es la virtud teológica “por la cual creemos en Dios y creemos todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia propone para nuestra creencia, porque Él es la verdad misma” (CIC 1814). Otra forma de afirmar esto es que la fe es la aceptación de Dios como nuestro maestro. La virtud de la fe nos permite comprometernos completamente con Dios y actuar de acuerdo con nuestra creencia.

La esperanza es la virtud teológica “por la cual deseamos el Reino de los cielos y la vida eterna como nuestra felicidad, depositando nuestra confianza en las promesas de Cristo y no confiando en nuestra propia fuerza, sino en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo” (CIC 1817). La esperanza aspira a la promesa de la felicidad eterna. Nos evita

el desaliento, nos sostiene en tiempos de prueba y mantiene nuestros ojos fijos en nuestra meta eterna, que es el Cielo.

La caridad es la virtud teológica “por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por su propio bien, y al prójimo como a nosotros mismos por el amor de Dios” (CIC 1822). Desafortunadamente, la palabra “caridad” ha tomado conexiones frías y negativas. A menudo pensamos que es un regalo para los necesitados, no por amor, sino por obligación. La otra palabra que se usa a menudo para reemplazar la caridad es amor. Pero esto también significa algo más que lo que Cristo quiso decir cuando nos dijo que debemos tener amor. Hoy, el amor a menudo significa un sentimiento fofo que fácilmente aparece y desaparece en la vida de las personas. El amor, o la caridad, no tiene nada que ver con los sentimientos; es una facultad de la voluntad.

Este amor del que habló Jesús se convierte en el Nuevo Mandamiento. En el Evangelio de Juan leemos: “Como el Padre me ama, también yo te amo a ti. Permanece en mi amor... Este es mi mandamiento: amense los unos a los otros como yo” (Juan 15:9, 12). Este sería un mandamiento imposible si el amor fuera meramente una emoción. Hay demasiadas personas en este mundo por las que nunca podríamos sentirnos así. Pero cuando el amor se convierte en un acto de la voluntad, entonces no importa cómo nos sintamos, todavía podemos elegir amar. Por eso es posible mantener los votos matrimoniales: “Te amaré en la enfermedad y en la salud, en los tiempos buenos y en los malos, en las riquezas y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe”. Estos votos tienen poco que ver con los sentimientos, Y todo que ver con las decisiones.

Si el objetivo de una vida virtuosa es llegar a ser como Dios, entonces está claro que la virtud debe desempeñar un papel importante en nuestro viaje hacia la vida en Cristo y en nuestro objetivo final de pasar la eternidad con Dios en el Cielo.